



Viaje a lomo de tigre. Doce ensayos sobre el idioma Chino"  
ad de Guanajuato:

## Con Moira Bailey



se puede decir que fue mi primer trabajo, y lo he practicado bastante y hasta la fecha. Laboralmente hago varias traducciones sobre temas que probablemente no me hubieran interesado espontáneamente y gracias a eso he aprendido muchas cosas. En la universidad empecé a hacer algunas traducciones de poetas norteamericanos al español. Pero no llegué muy lejos en la traducción de poesía, porque prefiero la prosa. El hecho de estar una hora enfrentando un párrafo para ver como darlo la vuelta, hace que lo conozcas de una manera mucho más profunda que si lo leyeras ochenta veces consecutivas. En ese sentido, es muy importante la traducción, es como armar un motor y ser capaz de volverlo a armar, realmente comprendes el tipo de funcionamiento que tiene, te nace que valores un texto y le encuentres la verdadera carne. En unos meses saldrá en Verdehalago una traducción de Paul Valéry sobre Leonardo da Vinci, que hice hace algún tiempo, y que ganó profundamente por su belleza. Traducir sirve de guía para ir de la mano de alguien y entender el procedimiento de su pensamiento, cuando escriben en cambio, tienes que caminar solo, nadie te guía, puedes estrellarte o salir airoso y nadie te acompaña en la hazaña.

—Luego de tu experiencia en la Universidad Normal de Nanking, China, ¿Tienes algunas ideas con relación a la enseñanza universitaria? ¿alguna idea con relación a la enseñanza de la poesía?

—Esa experiencia me sirvió para aprender muchas cosas en torno al aprendizaje y a la enseñanza. Una cosa interesante de la que se hablaba cuando yo estaba estudiando la carrera de literatura en México, es la dificultad de enseñar a escribir. Esa inquietud se repitió cuando tuve la oportunidad de estar en las universidades europeas y una vez más al ser catedrática en la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz. Los estudiantes se quejan porque absolutamente nadie les puede enseñar a escribir, a ser buenos escritores, aunque les enseñen método y gramática y sintaxis. En China, con los estudiantes de literatura escuché nuevamente que estaban frustrados porque en su carrera no les estaban enseñando a escribir literatura, sino a leer a los clásicos y hacer críticas literarias después. Ahí comprobé que es imposible enseñar a escribir, sólo se pueden dar pautas de cultura, de disciplina, de ordenamiento mental, pero nadie en el mundo te puede enseñar a ser escritor.

—¿Como te las arreglaste durante el tiempo que viviste en China? ¿Vivía en la universidad, un campus gigantesco, probablemente más grande que algunas ciudades de mi país en términos de población. Allí había un edificio de extranjeros como en todas sus universidades. Cuando llegué muchas cosas de la vida cotidiana me resultaban difíciles, pero con el tiempo fui aprendiendo. Al principio tenía ganas de matar a los chinos, pero empecé a comprender muchas cosas y termine queriéndolos, casi todos ellos tienen algo de infantil, de inocente. El día que dejé la universidad, que pese a ser incómoda y sobrepoblada—era una construcción antigua muy bonita y llena de árboles—, sentí tristeza. Cuando me acuerdo siento nostalgia y pongo las cancioncitas chinas que me grabaron mis amigos de allá.

—Entiendo que te encuentras actualmente trabajando un proyecto de novela. ¿Qué distancia ves entre el género novela y la idea del "viaje"?

—Obviamente el ensayo y la novela son géneros diferentes, pero en el fondo, como diría Olivero Girondo, la escritura es la escritura, es

esa mezcla de intelecto con efectividad y la psicología única de cada persona, que es una combinación fascinante que no se da casi en ninguna otra actividad.

—Durante el tiempo que estuviste en China, ¿estuviste en contacto con algún escritor? ¿recibiste estímulo o influencia de algún artista?

—La verdad es que conocí a varios pintores, pero a ningún escritor chino, con esfuerzo logré conocer estudiantes de literatura, pero que todavía no eran escritores. Pero en mi edificio vivía un escritor japonés, cosa rara, porque los chinos y los japoneses se odian de forma notable. Este japonés, que ya tenía una novela e iba para la segunda, había abandonado temporalmente la vida japonesa y todo lo que encierra el nivel económico tan alto que tiene aquel país, para retirarse a un sitio austero viviendo con pocos dólares al mes.

Fue un feliz encuentro porque estábamos haciendo un ejercicio de algún modo parecido.

Yo por problemas del idioma no tuve acceso al cine durante todo el año y apenas me forzaba a seguir unos capítulos de telenovelas mexicanas en la televisión para practicar, además estaba muy entregada al entrenamiento físico, o sea que también fue una especie de retiro.

—¿Fue o crees que sigue siendo el poeta Hugo Gola una influencia determinante en tu trabajo y en el de la generación a la que perteneces?

—Absolutamente sí, él me enseñó a leer poesía a su manera y a apreciar las cosas que están relacionadas con la poesía. Una vez fuimos al campo con otras tres personas, cuando se dio cuenta de que había varios árboles que no conocíamos o distinguíamos, se disgustó con nosotros. ¿Cómo diablos quiere ser poeta alguien que no conoce un molle, un sauce, una acacia? En aquel entonces le di la razón y con los años se la doy nuevamente. Hugo es un profundo conocedor del jazz, del cine, de la pintura contemporánea. En su revista Poesía y poética que es probablemente una de las mejores de América Latina en cuanto al tema, siempre se habla de pintura, de cine, de texturas, jamás de política ni menos de sociología y ese es el camino por el que a mí me gusta caminar. Gola fue para mí alguien entrañable e importante en su momento y lo sigue siendo ahora, porque yo soy una persona sentimental que carga a todos sus amigos y todas sus vivencias todos los días de la vida, aunque los budistas digan que esa costumbre de desgastarte, y a veces triste, yo soy así.

—¿Consideras que el descubrimiento del chino y de la poesía china es un viraje de tu trabajo y de lo que llevas escrito?

—No creo que un viraje, sino una profundización, una comprobación de mis intuiciones previas. Cuando me preguntan que de qué es "Viaje a lomo de tigre" yo digo que son mis opiniones, mis pensamientos en torno a muchos temas como el tiempo, el amor, la amistad, pero con el pretexto de los caracteres chinos.

—Permíteme cambiar de tema, ¿Creciste en Bolivia?

—Sí, crecí en Bolivia los primeros años de mi infancia que fueron muy felices, tenía dos abuelos sumamente cariñosos que fueron el pilar de mi familia en ciertos aspectos, ellos tenían una casa muy mágica, llena de recovecos, hasta de escondites y una linca muy grande en un bellísimo valle de La Paz que contrasta con las alluras y las montañas en las que está ubicada la ciudad. Esa es una parte importante de mis memorias y que obviamente han sido idealizadas con el tiempo. Cuando tenía seis años mi familia se fue a México, de ahí me viene algo que se podría llamar una doble nacionalidad, que aunque es difícil por las despedidas y los malabarrismos que uno tienen que hacer, no deja de constituir una fuente de riqueza geográfica y lingüística, en términos de experiencia de toda índole. México es un país que amo mucho y al que intento volver siempre, como ahora. Cuando me refiero a México, suelo decir que ese es el país en el que me formé, y en tono de broma añado, pero en el que también me deformé.

—¿Qué tanto contribuyó tu padre en tu destino literario, si se puede decir? ¿Cuál es la historia de eso?

—Mi padre es una piedra fundamental no sólo de mi destino literario, sino de todo mi destino. Es una combinación sui generis y entrañable, por dentro fuerte como el hierro, por fuera suave como el algodón. A lo largo de su vida combinó con destreza la actividad periodística y la política, y la gestión cultural, para después volver a la literatura de los clásicos que es donde inició su formación. A mí también me ha tocado vivir una suerte de esquizofrenia, tener que combinar cosas muy diversas en la vida cotidiana y tratar de que convivan pacíficamente, aunque encuentro dificultades en lograrlo. Sé que gran parte de la gente ama mucho a sus padres, yo agradezco todos los días tener los padres que tengo, un padre que logró siempre combinar su gran cultura con el respeto por los demás, con la sabiduría de una persona profundamente humana, que tiene por ello profunda autoridad ante sus hijas, sin haber nunca alzado la voz. Mi madre por su parte es una hermosa mujer, práctica pero detallista, rápida como un linco, que tiene las ideas tan claras, que parecería que la preceden en el tiempo.

—Después de llevar una vida de viajera, una vida portátil por decirlo de algún modo, una vida hecha ya en muchas partes, ¿por qué quisiste volver a Bolivia?

—Bolivia es un país muy fuerte y mágico, su geografía, su gente, sus colores son realmente increíbles, es un país profundamente rico aunque sus cifras hablen de lo contrario. Después de haber vivido 17 años en México y cuatro en Europa decidí volver a mi país, fue cuando salí de la universidad. Por un lado perseguía los pasajes de mi primera infancia de los que le hablé hace un rato, porque hubo algunos años de mi vida en los que no conocía realmente Bolivia y me sentí huérfana de país, pese a la gran importancia que tiene México para mí. Ahora he recuperado y con creces esa carencia y me siento contenta, aunque claro, como se dice, los viajeros pierden su alma al irse, y no la recuperan del todo al regresar. Creo que ese es el precio de haberse movido mucho, haber dejado amigos, vivencias importantes. Dice un dicho árabe que el alma viaja en un camello, mientras el cuerpo va volando por delante en un jet, y cuando llega tiene que esperar mucho tiempo para sentirse completo, si es que ese estado realmente se da. Pero pese a las acrobacias psicológicas a las que uno puede verse forzado, las lágrimas en los aeropuertos, los amigos perdidos, me siento privilegiada de haber no sólo viajado, sino haber vivido en tantos países, puesto que cargo sus aromas, sus paisajes, sus memorias, como te dije antes, todos los días de mi vida.

—Permíteme cambiar de tema una vez más. Después de tu estancia en la China Continental cambia la idea que tenías de tu país? ¿de México? ¿de América Latina?

—Absolutamente sí y para bien, yo le recomiendo a cualquier latinoamericano que incluya un viaje a Asia como experiencia imprescindible. A todos nosotros nos han educado habiándonos de la riqueza del viejo mundo, da hecho en muchos aspectos nuestros países son en parte copia, o intentan serlo, de la gran cultura alemana, del rigor de la educación de los ingleses, del interminable refinamiento francés. Nos dicen que somos tercermundistas, y muchas veces nos sentimos en verdad quintomundistas al tener contacto con el llamado primer mundo. La relación de amor-odio hacia los gringos también tiene consecuencias psicológicas importantes. Conocer entonces de cerca un país como la China, que no es primermundista, pero sí antiguo y rico, en el que se ven a veces situaciones parecidas a las nuestras, pero a la vez completamente diferentes, es una experiencia sin igual. La riqueza y la pobreza se entienden de una manera diferente a la que se utiliza generalmente para comparar Europa con América Latina, y eso es enriquecedor desde el punto de vista de la cultura general y especialmente desde el punto de vista afectivo en relación a nuestros países.

—¿Tienes proyectos de volver a China? Y si es así, ¿sería distinto con este viaje?

—Me encantaría volver desde luego, como a todas las demás partes en las que he estado. Conoci a unos catedráticos de literatura de Taiwan y empecé a dibujar una posible visita mía a su universidad en Taipei para dar un breve curso de literatura latinoamericana. Probablemente se de, probablemente no, eso lo decidirá el dios de los viajeros. Sino es en ese contexto, espero que se dé algún otro en el que yo pueda volver y ojalá conocer otras regiones de Asia, y obviamente será diferente puesto que ya no volveré de estudiante a la Universidad de Nanjing.

Edgar Rêta, Guanajuato - México

